

## ANTONIO MITRE, EL HISTORIADOR Y MAESTRO

Carmen Gloria Bravo Quezada\*

**A**ntonio Mitre, destacado historiador boliviano, nació en Oruro en 1945 y vive, desde hace más de 20 años, en Belo Horizonte, Brasil. En la actualidad es director del Programa de Doctorado en Ciencias Humanas: Sociología y Política en la Universidad Federal de Minas Gerais.

Inició sus estudios universitarios en la Normal Nacional Católica de Cochabamba en donde se licenció en Historia, luego obtuvo su maestría en la Universidad de Texas y el Ph.D. en Historia en Columbia University.

Su amplia producción intelectual (véase su bibliografía) puede ser dividida en dos vertientes: la historia de las ideas políticas y sociales en América Latina y otra que se aboca a la historia económica boliviana. En el primer campo, se destaca su último libro, *El dilema del centauro: ensayos de teoría de la historia y pensamiento latinoamericano* (2002) que reúne una serie de estudios elaborados a lo largo de los años. Una parte de ellos, considera, desde un ángulo teórico: “los dilemas de la historia irremediamente escindida entre su ancestral mitad ideográfica y su flanco moderno, fertilizado por el ímpetu nomológico del ochocientos”, otra parte de los textos está dedicada a la historia de las ideas latinoamericanas, analizando la producción más significativa de cuatro intelectuales: Domingo Faustino Sarmiento, José Enrique Rodó, Alcides Arguedas y Edmundo O’Gorman, reflexionando a través de ellos sobre la identidad cultural vista sobre el trasfondo del conflicto entre tradición y modernidad.

\* Doctora (c) en Historia. Profesora de la Universidad de Chile.

En el área de historia económica, Mitre ha producido libros señeros para la historiografía latinoamericana, como *Los patriarcas de la plata* (1981), *El monedero de los Andes* (1986) y *Bajo un cielo de estaño: fulgor y ocaso del metal en Bolivia* (1993). En todos ellos, destaca, en forma brillante, el carácter interpretativo. Su obra, *Los patriarcas de la plata* fue audaz en el sentido de trazar los grandes parámetros de evolución de la minería boliviana en el siglo XIX. Así, la obra se constituyó en un guía que orientó a los investigadores jóvenes respecto a la trayectoria económica de Bolivia en el siglo XIX. El libro tuvo la gran virtud de recolectar una serie de informaciones de la empresa Huanchaca y a partir de ella trazar los grandes parámetros y tendencias y al mismo tiempo organizar los momentos más importantes de la historia de la minería boliviana, desde los albores de la república hasta la primera guerra mundial. El mismo impacto tuvo su obra *El monedero de los Andes*, de la cual hablaremos en la entrevista.

En la actualidad, Mitre prepara una historia del comercio exterior de Bolivia y la estructura de los circuitos mercantiles durante los siglos XIX y XX.

Con una sencillez, humildad y generosidad proverbial, el doctor Antonio Mitre ha estado siempre dispuesto a ayudar y compartir sus amplios conocimientos con todos aquellos que con sus propuestas nos han motivado por la senda de la investigación historiográfica. Por todo ello, no podemos hablar sino con agradecimiento y reconocimiento del “maestro” Antonio Mitre, quien ha sumado a un sólido manejo metodológico en torno a las labores de acumulación y procesamiento de información empírica o cuantitativa, un claro y original análisis, una serie de propuestas teóricas e hipótesis sugerentes y nuevos parámetros para la investigación que han permitido a muchos investigadores avanzar en los trabajos de historia económica y social.

Comencemos la entrevista hablando sobre los motivos que lo llevaron a elegir la carrera de Historia.

En mi caso, por lo menos, no se trató de una vocación inscrita en el orden de las cosas. Pienso sinceramente que las razones se las crea uno retrospectivamente, cuando comienza a buscar el sentido de lo vivido. Bajo ese influjo demasiado humano, algunos acontecimientos, otrora anodinos, pasan a ostentar aura, convirtiéndose en señales luminosas de un camino prefigurado. Algo parecido sucede cuando, al tejer historias, dramatizamos ciertos acontecimientos suponiendo un rumbo al paso huero de la realidad. García Márquez tiene razón cuando dice que “la vida no es la que uno vivió sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”. Ese epígrafe soslaya la misma distinción que hacemos entre “historia e historiografía” y, además, el carácter híbrido de nuestro oficio: preservar la memoria y traerla a cuento. Indagar por qué se abra-

zó semejante destino, o si alguna vez hubo realmente elección, sería meterse en un enredo de nunca acabar.

*Sobre el filo de sus últimas consideraciones, llama la atención en sus libros una preocupación con el lenguaje y, particularmente, el uso de un estilo coloquial aun en el tratamiento de temas económicos, por lo general menos permeables a este tipo de iniciativas. ¿Cómo entiende usted los nexos entre historia y literatura?*

De las tres operaciones que, en líneas generales, contempla la labor historiográfica: investigar, narrar y explicar, las dos últimas son las que más me entusiasman. Entre ellas existe una íntima y peligrosa relación que, como se sabe, ha sido objeto de entreveros y disquisiciones interminables. No cabe duda que el encuadre narrativo, por sus propias reglas, traza caminos, propone secuencias, sugiere causalidades, y, por todo ello, está directamente comprometido con la explicación. Y esto ocurre igualmente en los estudios económicos, aun cuando la estructura del relato se oculta tras una maraña de números. Conviene, entonces, estar atento a las intrigas del lenguaje, precisamente para no caer en sus trampas, descuidando los fundamentos lógicos y teóricos en que debe apoyarse una buena interpretación.

Escribir con elegancia y sencillez no hace mal a nadie pero, como bien dice Veyne, una historia que pretende cautivar por la palabra, haciendo del texto historiográfico una pieza literaria, cojea sin convencer. Advertencia oportuna, sobre todo ahora que una cierta historiografía, obnubilada por modas posmodernas, recurre con facilidad a la solución estética –o a los descaminos verbales– para encubrir su falta de claridad conceptual. Al contrario, cuando el raciocinio lógico y la palabra precisa se dan la mano, el estilo insinuante no desentona sino que enriquece el texto y el disfrute de su lectura.

*Los científicos sociales en casi todas las universidades latinoamericanas experimentan una prolongada crisis intelectual que se vincula directamente con el colapso de los fundamentos y paradigmas teóricos que sustentaban la investigación. Dicha crisis, que comenzó a manifestarse desde finales de los años setenta, ¿de qué manera ha afectado al campo de la historia económica?*

El fenómeno no se limita a la intelectualidad latinoamericana, aunque sí la afecta de un modo diferenciado. Responderé por partes la cuestión formulada. Existe una dimensión crónica en la llamada crisis de las ciencias sociales, es decir, un elemento que no es exclusivo de las últimas décadas, ni tampoco resultado del “colapso” de los paradigmas clásicos, sino más bien una suerte de mancha de nacimiento que el pensamiento social arrastra, por lo menos desde Montesquieu, hasta nuestros días. Me refiero a su pretensión de alcanzar conocimiento nomológico, es decir,

descubrir y formular las leyes generales de la dinámica social de modo que la acción humana intencional consiga nadar a favor, y no contra la corriente. Después de dos siglos, las tentativas, en esa dirección, han dado resultados mediocres y lo que se reputa como avance se reduce a un puñado de principios, en buena medida, tautológicos.

Otro aspecto que se discute es la incapacidad de las ciencias sociales de superar viejos paradigmas que se mostrarían ineficaces para dar cuenta de las realidades contemporáneas. Pienso que tal vez sea equivocado hablar de colapso de paradigmas o de la hegemonía de uno de ellos, a secas. Lo que se observa es, más bien, el predominio de modelos económicos en las ciencias sociales y, por otro lado, una clara tendencia a la fusión de las tradiciones estructuralistas e individualistas heredadas del siglo XIX.

Sucede en el campo de la teoría lo mismo que se constata en la arena política: un desplazamiento hacia el centro. La ciencia social se muestra hoy más comedida, fragmentada y ecléctica que hace unas décadas. Desde la izquierda, el marxismo analítico ha hecho suyos los presupuestos del individualismo metodológico y, desde el campo liberal, la incorporación sustantiva de las dimensiones contextuales ha mitigado el purismo de las formulaciones clásicas. Finalmente, en el campo de la historia económica latinoamericana, el repliegue de las corrientes estructuralistas, predominantes anteriormente, y el desuso en que cayeron ciertos temas asociados a esa tradición –como dependencia, imperialismo, intercambio desigual– han dado lugar a enfoques de cariz econométrico, técnicamente más sofisticados aunque conceptualmente menos ambiciosos. Por los mismos motivos apuntados anteriormente, aquí también el cuadro de la producción se muestra altamente diferenciado y ecléctico, teórica y temáticamente, por lo cual resulta difícil identificar el trazado de las tendencias generales.

*¿La historia es ciencia del pasado o “sólo hay historia contemporánea”, como señalaba Benedetto Croce? Hay quienes piensan que el presente no puede ser estudiado dentro de la historia, o que ésta se deba ocupar de la actualidad, ¿cuál es su opinión al respecto?, ¿cuál es la perspectiva histórica suficiente?*

Es una cuestión de largas disquisiciones e implicaciones. Decir que toda historia se escribe en el presente es una perogrullada. Pero lo que se insinúa en la cita de Croce es algo más complejo, vale decir, la idea de que el campo de visibilidad, la selección de acontecimientos y las preguntas que nos hacemos sobre los mismos se definen a partir del horizonte de valores, preocupaciones y perspectivas del presente. En suma, que el pasado no es significativo en sí mismo, sino desde el presente que le confiere sentido. Por otra parte, es un hecho que una respetable tradición

historiográfica busca, precisamente, lo contrario, vale decir, librarse de las cadenas del presente para acceder a una visión más objetiva, menos prejuiciosa, de las épocas pretéritas.

En la práctica, la labor del historiador, creo yo, se hallará siempre tensionada por ambas fuerzas y la sabiduría consiste en no dejarse llevar por la carga ideológica de ninguna. Que la objetividad sea inalcanzable en los términos propuestos por el positivismo ingenuo no significa que deba renunciarse a la búsqueda de criterios que la tornen plausible, accesible y deseable. Yo diría que existe un equívoco en la tendencia a asociar objetividad con distancia cronológica, la manida idea de “perspectiva histórica”, según la cual nuestra percepción de lo que realmente ocurrió mejora progresivamente a medida que se trate de un pasado próximo, distante o definitivamente muerto.

En realidad, la “distancia” que el cientista social debe ambicionar no es la temporal sino la que permiten establecer los conceptos frente al desorden de la realidad. El presentismo –es decir, la disposición para obnubilarse con los destellos de la coyuntura o la incapacidad para distanciarse de “los hechos”– que acusa buena parte del pensamiento social latinoamericano es función de su pobreza teórica.

*El filósofo Adam Schaff (1970) afirma: “el conocimiento se configura[...] como un proceso infinito que perfeccionando el saber bajo aspectos diversos y recogiendo verdades parciales, no produce una simple suma de conocimientos, cambios sólo cuantitativos del saber, sino también necesariamente modificaciones cualitativas de nuestra visión de la historia”, ¿qué opina usted de esta afirmación que, de alguna forma, expresaría una lenta marcha hacia la objetividad histórica?*

Así formulada, la validez de la proposición de Schaff es una cuestión de fe. En todo caso, ella alude a un concepto de verdad anclado en la historia, en la temporalidad, contrariamente a las visiones esencialistas desde las cuales se hace imposible la comprensión del pasado como un fenómeno sustantivamente humano. Hasta ese punto, me asocio a la idea, de inspiración hegeliana, que plasma en la cita escogida. Sin embargo, no veo razones para concordar con la idea, más bien positivista, de “progreso infinito” por la vía de acumulación de verdades parciales que terminarían produciendo, por algún *desideratum* inexorable, revoluciones epistemológicas –cambios cualitativos– indefinidamente.

*Fernand Braudel propone, frente a la rápida oscilación de los acontecimientos a escala humana, que él compara a los pliegues de la superficie del océano, navegar en alta mar para encontrar esa otra historia más lenta de los grupos humanos en relación con su medio y de las estructuras que modelan las sociedades. ¿Ha influido esta perspectiva de la historia en su trabajo?*

Sí, tanto yo, como muchos otros historiadores de mi generación, fuimos influidos por la obra de Braudel y, particularmente, por su concepción del tiempo largo. En *Los patriarcas de la plata* como en *Bajo un cielo de estaño* –dos estudios sobre la minería boliviana– resulta patente la preocupación de elucidar la estructura y las tendencias de dicha industria, así como sus ciclos de auge y de crisis, analizando el comportamiento secular de sus dimensiones constitutivas: precios internacionales, política fiscal, tecnología, comercialización y fuerza laboral. Esto no es todo, en dichas obras también se avanza en círculos concéntricos desde el nivel macroestructural hasta el de la coyuntura, con la sensibilidad suficiente para reconocer y articular la compleja estratigrafía temporal del sector atendiendo a la duración y al ritmo diferenciado de sus distintos planos. La misma perspectiva estructuralista cristaliza en mi ensayo sobre el sector de fundiciones (*El enigma de los hornos*, 1993) y aun en *Los hilos de la memoria* (1996), un estudio que busca identificar, a lo largo de todo el periodo republicano, encadenamientos y discontinuidades en la trayectoria de las casas alemanas dedicadas al comercio de importación y exportación en Bolivia.

*En su hermoso ensayo “Historia: memoria y olvido” publicado en su último libro, El dilema del centauro, usted argumenta que en la historiografía, “lo mismo que en la vida, es tan importante el olvido como la memoria” y termina afirmando que la sociedad no ha perdido la memoria, y sí, la noción del valor. ¿Podría desarrollar estas ideas en relación con nuestra Latinoamérica?*

La intención de esa frase, en el contexto del ensayo que usted menciona, es muy precisa: abogar por una historiografía que evite el síndrome de Funes. Es decir, la narración desgobernada por la falta de ideas y conceptos. Existen otros temas, correlatos que, en conjunto, representan una crítica a los fundamentos del empiricismo radical y una defensa de la historia conceptual o sociologizante, tal como la entiende Paul Veyne. Bajo ese punto de vista, el recuerdo selectivo es el que se fija con el amparo de la teoría y no deja que la montaña de informaciones obstruya la visión del horizonte. Pero, claro, hay que evitar el otro extremo, es decir, que los conceptos hablen solos, dispensando los hechos o convirtiéndolos en una mera excusa para la ilustración de aquellos.

También se insinúa la idea de que la manida amnesia colectiva y los excesos de la memoria historiográfica son fenómenos que sociológicamente confluyen hacia un mismo resultado: la pérdida del sentido. Y esto es pertinente tanto para la sociedad latinoamericana, como para sus historiadores.

*Su libro El monedero de los Andes, es considerado por muchos profesores de historia económica latinoamericana, como libro de lectura básico por su importancia y aporte a la historiografía, ¿cómo surgió ese texto?*

Al igual que otros, ese texto surgió, como un brote episódico, bajo el toldo de una obra sistemática, me refiero específicamente a *Los patriarcas de la plata*. Diré algo sobre la gestación de *El monedero* cuya trayectoria me sorprende hasta hoy. En 1980, el Instituto de Estudios Peruanos publicó un pequeño libro, *Minería y espacio económico en los Andes, siglos XVI-XX*, que reunía textos elaborados por Carlos Sempat Assadourian, Heraclio Bonilla, Tristan Platt y uno de mi autoría. En realidad, se trataba de proponer y discutir los fundamentos teóricos de un programa de investigación que, reuniendo la producción reciente sobre la minería peruana y boliviana, analizara, a lo largo del tiempo, la evolución y segmentación del espacio económico andino, cuya estructura y dinámica en la fase colonial contribuyeron a revelar los excelentes estudios de Sempat Assadourian. Hacía poco tiempo que yo había concluido mi tesis sobre la minería de la plata boliviana en el siglo XIX y, allí, al analizar la política fiscal de las primeras décadas republicanas, encontré varios indicios que apuntaban la vigencia de circuitos mercantiles regionales, por los que circulaba la moneda boliviana, con un alcance y dinamismo que contradecían el cuadro de depresión generalizada proyectado por las historias nacionales. Entonces, me limité a señalar la importancia del fenómeno y la intención de incursionar futuramente en sus causas. La ocasión se presentó cuando fui convidado por H. Bonilla a participar en la elaboración del proyecto aludido. Mi contribución se encuentra en la sección final de esa publicación. En ella abogo por un enfoque supranacional para captar la dinámica del espacio económico regional y propongo algunas hipótesis sobre su trayectoria republicana, destacando las modificaciones que experimentó bajo el impacto de dos factores: la acción centrífuga y desbaratadora que se originaba en el sector exportador de los distintos países del área y, por otro lado, la política monetaria del Estado boliviano –sustentada, durante un largo tiempo, en el monopolio comercial sobre las pastas y minerales de plata y la acuñación de moneda feble. Esta última fue un factor decisivo en la dinámica del espacio económico regional, antes que la menguada producción de plata. Estas ideas fueron objeto de elaboración más extensa en un artículo que publiqué en 1982. (“Espacio regional andino y política en el siglo XIX”, *Historia Boliviana*, vol. 1, núm. 2, pp. 165-177). Con esa base y tras un corto periodo de investigación escribí, finalmente, *El monedero de los Andes. Región económica y moneda boliviana en el siglo XIX*, publicado en 1986.

*¿Podría resumir la propuesta central de ese libro?*

Para responder esa pregunta me remitiré a ideas desarrolladas hace algunos años en torno a los fundamentos teóricos y metodológicos de ese texto y a su tesis más importantes. El punto de partida lo constituyó la constatación de las incongruencias existentes entre, por un lado, el retrato al que nos había acostumbrado la historiografía sobre las primeras décadas del siglo XIX y, por otro, la imagen que despuntaba a partir de los varios fenómenos que no cabían en la estrechez de ese marco. De hecho, la crisis del sector minero, según la interpretación convencional, habría provocado secuelas previsibles: caída del comercio internacional, drástica desmonetización y reducción de los flujos mercantiles, en fin, una retracción generalizada de la economía hacia formas de autosubsistencia. Sin embargo, era posible documentar, al mismo tiempo, la sobrevivencia de rutas mercantiles tradicionales donde circulaba profusamente la moneda boliviana, sea en dirección al sur peruano, norte argentino o hacia otras áreas, así como la vitalidad de mercados regionales, y la participación de amplias capas de población indígena en dicho tráfico.

Por otro lado, hacía tiempo que los trabajos de Carlos Sempat Assadourian habían puesto en evidencia la arquitectura de un vasto espacio económico organizado, durante el periodo colonial, por la producción de plata de Potosí y del cual dependían los ciclos de otros sectores. No hacía sentido pensar que semejante estructura hubiese desaparecido súbitamente con las guerras de independencia y el surgimiento de un nuevo orden político. Tamaña fragilidad resultaba poco plausible, aun admitiendo la crisis argentífera.

En realidad algunos de los fenómenos incongruentes ya eran conocidos, lo cual abría un gran interrogante respecto a las razones por las que no habían sido incorporados, de modo significativo y orgánico, en los diseños de la llamada fase del caudillismo y la anarquía. Dada la magnitud del lapso, la causa sólo podía ser una creencia o noción raigal que definía, de cajón, el radio de visibilidad y la relevancia o jerarquía de los hechos bajo estudio. Es decir, había que identificar la matriz desde la cual se estructuraba el punto de vista en cuestión. Llegué a la conclusión de que dicha matriz estaba dada por los presupuestos implícitos en la idea moderna de Estado-nación, y que ese recorte no sólo determinaba el trozo de realidad donde el historiador procuraba invariablemente los datos y las articulaciones más significativas, sino también la naturaleza de las relaciones entre las esferas política y económica. Bajo ese punto de vista estrecho, un largo tramo del siglo XIX aparecía descoyuntado, carente de racionalidad y terminaba siendo una expresión del más perfecto caos. Este era el límite que era necesario trascender para observar y estudiar el espacio económico regional.

*¿Podría explicar la naturaleza de ese desafío a nivel teórico y metodológico?*

Sucedía que gran parte de la producción teórica sobre el concepto de Estado moderno y su formación histórica, tanto en las vertientes liberales como marxistas, coincidía en resaltar la conexión existente entre los procesos de unificación política y la dinámica de la integración económica. Predominaban las versiones que concebían la unificación del Estado moderno como un corolario del proceso de formación de espacios económicos homogéneos y de mercados verdaderamente nacionales, en suma, un fruto del establecimiento de las modalidades de producción e intercambio propios del sistema capitalista. Y, claro, contra ese telón de fondo, se infería que, tras la fragmentación y el desorden político vigentes en las primeras décadas de la república, existía una realidad económica igualmente informe y desarticulada.

El desafío era justamente romper con la camisa de fuerza representada por semejante marco conceptual para dar cuenta de una situación singular: la existencia de un espacio económico que traspasaba las fronteras nacionales pero que, al mismo tiempo, estaba sujeto a las determinaciones de las políticas emanadas del poder estatal de los distintos países que se atribuían jurisdicción sobre una parte del mismo. Tarea nada fácil puesto que, al pensar las articulaciones y contradicciones entre lo político y lo económico en un contexto supra y multiestatal, había que evitar la trampa de concebir la "región" como una etapa, o peldaño inferior, en la penosa ascensión hacia el Estado plenamente unificado, ya que de otra manera seríamos llevados a aceptar las determinaciones conceptuales y toda la carga teleológica de la perspectiva que se pretendía criticar. Considero que éste continúa siendo el obstáculo fundamental que debemos vencer para hacer avanzar nuestra comprensión del periodo.

*Y bajo el punto de vista adoptado en El monedero, ¿cómo aparece el siglo XIX?*

En primer término, la vigencia del sistema económico colonial se prolonga hasta la década de 1880, aproximadamente, cuando se produce su derrumbe, una vez que se consolidan las reformas liberales. Esto sucede, significativamente, de manera más o menos simultánea en todos los países de la región. Por otro lado, la fase monopolista y el periodo oligárquico cambian de figura. La primera adquiere un perfil más dinámico y menos errático. El enfrentamiento ideológico entre proteccionismo y librecambio asume un nuevo sentido. A su vez el periodo oligárquico, de espíritu modernizante, acusa tendencias contradictorias, entre las cuales la más paradójica parece ser el distanciamiento del país rural y de las capas indígenas del cauce principal de la vida económica y social de la nación. En cierto sentido puede decirse que la concepción corporativa y estamental de la primera fase se muestra más integradora,

mientras que el Estado liberal del periodo oligárquico, impregnado de darwinismo social, delata, a su modo, la vigencia de una lógica económica y societaria de dimensiones marcadamente encogidas. Todo esto nos muestra que la idea de progreso, bandera de las elites imbuidas de positivismo, no es una buena consejera para el historiador en ninguna época.

*¿A qué factores atribuye la amplia difusión que tuvieron las ideas de El monedero de los Andes?*

Creo que contribuyeron a la proyección del libro algunas cualidades intrínsecas del texto y el momento oportuno de su nacimiento; para decirlo con el lenguaje de la política renacentista: se produjo una feliz convergencia de *virtud* y *fortuna*. En aquella obra quedó diseñado el perfil del espacio económico regional y fueron apuntados los principales nudos que habría que desatarse para entender su dinámica. El cuadro global y de amplio espectro cronológico que allí se presentaba sobre los nexos entre los circuitos mercantiles y la política monetaria acabó funcionando como un mapa que, al contrario de la imagen informe, oscurantista y caótica proyectada por la historiografía tradicional, ofrecía a los investigadores algunas coordenadas para orientarse y una base consistente desde la cual lanzarse a exploraciones en picada. Claro que todo esto tuvo que hacerse con una buena dosis de intuición para no sucumbir ante los enormes vacíos existentes en la historiografía económica y social del siglo XIX. Generalizar sin evidencias suficientes representaba riesgos considerables, pero el haberme atrevido a dar ese salto, lo reconozco a la distancia, contribuyó para la buena acogida que tuvo el libro.

Con el pasar de los años, *El monedero* incentivó más de una polémica y la elaboración de varios estudios especializados que, en conjunto, enriquecieron nuestra visión del siglo XIX en la región andina. Pero los méritos del libro habrían sido insuficientes si no mediase la existencia de un ambiente favorable a su recepción. En tal sentido, cabe indicar la “revuelta” de la historiografía regional que despuntaba en los países del área, sobre todo en Argentina, contra la tendencia secular a reducir la historia del país entero a los avatares de sus grandes ciudades capitales, y la trayectoria del resto a un eco, cuando no a un gran vacío. La propuesta de *El monedero* venía a reforzar la crítica de esa perspectiva que, a pesar de su tono cosmopolita, era provinciana en el fondo. Por otro lado, la publicación del libro se dio en un periodo en que la carrera de historia tomaba cuerpo y comenzaba a institucionalizarse en un número mayor de universidades, dentro y fuera de Bolivia. Había, entonces, una demanda latente por estudios que, además de contar con sustentación empírica y aparato crítico, pudiesen servir, por su capacidad de síntesis, como libros de texto en los cursos de historia económica y social. El libro

vino a llenar esa necesidad y muy pronto se convirtió en una referencia insoslayable, sobre todo entre la generación de historiadores que, entonces, hacía sus primeras armas.

*A dos décadas de distancia, ¿cuál es el balance que usted realizaría de esa obra y, en vista de la nueva producción sobre el tema, qué es lo que prevalece de la propuesta original y qué elementos han caducado?*

No cabe duda que el saldo fue positivo. El marco conceptual del libro, en gran parte un faro capaz de orientar el trazado de itinerarios de investigación, contribuyó a estimular la producción en ese campo que hoy acusa un volumen sorprendente de publicaciones y de espacios institucionales para el debate e intercambio de ideas. Hace algún tiempo que la centralidad de la idea de *Estado-nación* y la propia noción de *sociedad*, recortada sobre los límites de aquél, vienen siendo cuestionadas por la teoría social como categorías o unidades de análisis que demarcan el campo donde habrá de buscarse las variables significativas de los fenómenos en foco. La definición clara de los criterios conceptuales y metodológicos con los que se demarcan las fronteras de los espacios socioeconómicos no es una tarea que se refiera exclusivamente a la llamada fase de “globalización”, sino que se impone en el estudio de los fenómenos sociales de cualquier época. Un ejemplo aleccionador lo constituye la obra de John Murra sobre las comunidades andinas, cuya dinámica, asentada en el control vertical de varios pisos ecológicos, no habría sido elucidada si no se trascendían los límites de las divisiones jurídico-políticas. Esto último es lo que trata de hacer *El monedero* para el siglo XIX.

Pese a la debilidad o ausencia de varias piezas, creo que el esquema general todavía se sustenta debido a la consistencia de su estructura originaria. Hoy sabemos mucho más sobre la arquitectura, el volumen y las tendencias de los circuitos mercantiles, conocemos mejor las políticas monetarias puestas en práctica por los gobiernos nacionales y provinciales, y conseguimos evaluar las pérdidas y beneficios derivados del cambio de monedas metálicas y fiduciarias entre distintos puntos del espacio regional. A la luz de esos avances, algunas hipótesis que se formulan en *El monedero* sobre las consecuencias y grado de impacto de la moneda feble han perdido vigencia o han sido puestas en tela de juicio. Pero aún falta mucho por hacerse: necesitamos conocer mejor los engarces del viejo espacio mercantil con sistemas de signo capitalista, organizados a partir de fundamentos monetarios, fiscales, administrativos y financieros marcadamente distintos. Es el caso, además de Buenos Aires, del espacio económico que se articula en torno al eje Santiago-Valparaíso que tuvo un profundo impacto sobre el viejo orden.

*¿Qué nos puede enseñar la experiencia monetaria y mercantil del siglo XIX, y en particular su libro, que sea relevante para los días actuales?*

Muchas cosas, sin duda. La lección mayor se refiere a que los conflictos generados en torno a las políticas monetaria y mercantil no deben ser reducidos a cuestiones puramente técnicas; en los hechos, ellos traducen los antagonismos sociales y los proyectos ideológicos en pugna en una determinada época. Otro aspecto visible cuando se comparan los dos momentos es la promoción recurrente de doctrinas librecambistas o liberistas como estrategia de dominación por parte de los países centrales. Hoy, como ayer, las regiones periféricas adhieren ingenua y radicalmente a tales principios, mientras las potencias perseveran en sus prácticas proteccionistas. Y hoy, como ayer, el grado de soberanía de los Estados se relaciona con la capacidad de control de la moneda. La disposición para seguir el canto de las ideologías parece inagotable en nuestra trayectoria histórica y, al final de cada tramo, despertamos, entonces como ahora, a una nueva pesadilla. Finalmente, la perspectiva global propuesta en *El monedero* asume mayor significado en los días actuales, y el desafío teórico que allí se plantea se mantiene incólume, vale decir, entender la marcha del *capitalismo* y del *sistema de Estados* y, de forma general, las relaciones entre *política* y *economía* en el mundo moderno.

#### BIBLIOGRAFÍA DE ANTONIO MITRE

##### *Libros de su autoría:*

*El dilema del centauro: ensayos de teoría de la historia y pensamiento latinoamericano*, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), Santiago, 2002, 143 pp.

*Los hilos de la memoria. Ascensión y crisis de las casas comerciales alemanas en Bolivia*, Anthropos, La Paz, 1996, 128 pp.

*Ensaio de Teoria e Filosofia Política em Homenagem ao Professor Carlos Eduardo Baesse* (coord.), OMEIO, Belo Horizonte, 192 pp.

*Bajo un cielo de estaño: fulgor y ocaso del metal en Bolivia*, Asociación de Mineros Medianos & ILDIS, La Paz, 1993, 307 pp.

*El enigma de los hornos. La economía política de la fundición de estaño: el proceso boliviano a la luz de otras experiencias*, Asociación de Mineros Medianos & ILDIS, La Paz, 1993, 143 pp.

*Reflexiones y proyecciones historiográficas (un inventario personal)*, Ediciones Altiplano, La Paz, 1989, 32 pp.

*El monedero de los Andes: región económica y circulación de moneda boliviana en el siglo XIX*, Hisbol, La Paz, 1986, 133 pp.

*Los patriarcas de la plata. Estructura socioeconómica de la minería boliviana en el siglo XIX*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1981, 229 pp.

*Minería y espacio económico en los Andes, siglos XVI-XX* (junto con H. Bonilla, C. Sempat Assadourian y Tristan Platt), Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1980, 103 pp.

### *Artículos en revistas y libros*

“Historia: memoria y olvido”, *Historia y Cultura*, Sociedad Boliviana de la Historia, núm. 27, 2001, La Paz, pp. 111-126.

“La guerra de los comprimidos”, *Decursos. Revista de Ciencias Sociales*, año IV, núm. 7, agosto, 1999, La Paz, pp. 49-70.

“Economía y política en la historiografía latinoamericana: la cábala del milenio”, *Decursos. Revista de Ciencias Sociales*, año III, núm. 6, agosto, 1998, pp. 56-91.

“La guerra comercial contra las firmas alemanas en Bolivia”, *Revista del Archivo y Bibliotecas Nacionales de Bolivia*, núm. 2, 1996, Sucre, pp. 295-308. También en *Locus. Revista de História*, vol. 3, núm. 1, Juiz de Fora, pp. 45-62.

“La parábola del espejo: identidad y modernidad en el Facundo de Domingo F. Sarmiento”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XX, núm. 39, 1996, Berkeley-Lima, pp. 17-40. También en *Khana*, núm. 45, 1996, La Paz, pp. 177-207.

“Edmundo O’Gorman: a invenção de uma idéia” en Antonio Mitre (coord.), *Ensaio de Teoria e Filosofia Política em Homenagem ao Professor Carlos Eduardo Baesse*, OMEIO, Belo Horizonte, 1994, pp. 103-116.

“Cartelização do estanho: as duas faces do processo”, *Revista de Economia Política*, vol. 13, núm. 2, São Paulo, pp. 146-152.

“Literatura, história e biografia: a metodologia de Domingo F. Sarmiento”, *Revista História & Perspectiva*, núm. 9, 1993, Uberlândia, pp. 1-10.

“A parábola do espelho: identidade e modernidade no Facundo de Sarmiento”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 5, núm. 12, 1990, pp. 28-40.

“A noção de identidade na tradição racionalista e o tema da modernidade”, *Revista Síntese Nova Fase*, núm. 49, 1990, Belo Horizonte, pp. 85-93.

“Viagem conturbada por um rio tranqüilo: conflitos diplomáticos em torno da navegação do Amazonas no século XIX” (junto con Tania Quintaneiro), *Revista do Departamento de História*, Universidad Federal de Minas Gerais (UFMG), núm. 4, 1987, Belo Horizonte, pp. 44-84.

“Fenômenos de massa na sociedade oligárquica”, *Cadernos DCP*, UFMG, núm. 7, Belo Horizonte, 1985, pp. 137-154.

“Bases ontológicas da historiografia científica: encontros e desencontros entre a história e a filosofia”, *Síntese*, vol. X, núm. 29, 1983, Belo Horizonte, pp. 49-72. También en *Reflexão*, PUCCAMP, núm. 28, 1983, São Paulo, pp. 39-58.

- “América: a descoberta de uma idéia”, *Basis*, UFMG, Belo Horizonte, núm. 3-4, 1983, pp. 75-95.
- “Espacio regional andino y política en el siglo XIX”, *Historia Boliviana*, Cochabamba, vol. 1, núm. 2, 1982, pp. 165-177. También en F. H. Cardoso *et al.*, *Economia e Movimentos Sociais na América Latina*, Brasiliense, São Paulo, 1985, pp. 131-144 y en *Estudos PECLA*, vol. 1, núm. 2, mayo, 1982.
- “Alcides Arguedas y la conciencia nacional”, *Nova Americana*, núm. 3, Giulio Einaudi Editore, Torino, pp. 85-99.
- “Estructura económica y social de la minería boliviana”, *Cuadernos DCP*, núm. 5, 1979, Belo Horizonte, pp. 45-71.
- “La Minería boliviana de la plata en el siglo XIX” en Josep Barnadas (coord.), *Estudios bolivianos en homenaje a Gunnar Mendoza*, s. e., La Paz, 1978, pp. 143-168.
- “Caudillismo”, *Il Mondo Contemporaneo: Storia dell'America Latina*, La Nuova Italia, vol. VI, 1977, Florencia, pp. 39-50.